

POEMAS

Alfredo Fressia

ECLIPSE

Sabías que esa noche llegaría, la del sistro de caliza
yaciendo en la caverna, en silencio los lobos
y los hombres de manos artífices, tan diestros
en el arte de morir.

¿Y tú, ahí afuera, te sorprendiste herido por los astros?
Ya no palpitan, no son almas donde huía fugaz una pasión, esta vez
nacieron opalinos huevos de eclipse, esperando por abrirse
en el derrumbe. Caerán sobre la tierra que pisaste, planetas huecos
de la primera cuadratura, piedras rotas sobre el cristal que habías historiado
con tus viejas escenas de caza en Nínive.

La hora llegó, ya viste demasiado el pergamino de tu cielo.
Ya sabes que tu pecho en negativo no acusa corazón ni familia ni nada
de sagrado, Fressia irremediable, solo esa ostra celeste hecha de tiempo,
madreperla menguante (no repitas la mala suerte en el eclipse)
donde volvía a nacer siempre tu padre, indagando inútilmente
por un hijo, su mensaje en el tiempo, huellas digitales contra el vidrio
empañado de futuro y a ti, botella al mar, te tragaba el torbellino,
dorsal, desde los Apeninos a la pampa.

No nos fijemos en detalles, eso
era el futuro, ya lo sabías refugiado en el vientre del bisonte:
eras hombre y mujer, y el cielo fue un desierto
donde ardió media hora la fogata fría de tus huesos,
y estaba escrito que no hubiera bordes ni destino
ni esperanza de morir cercado de tus hijos, el semicírculo acosado
desde antes de nacer. No te veo acariciando sus blandos esqueletos,
tus niños muertos (de joven llorabas), canciones para danzar
entre los dientes de papel del dragón chino, tan manso
como las lunas rupestres de cada aniversario, recién nacían,
eran las últimas sombras del eclipse, mientras el sistro, Fressia,
te seguirá esperando rajado entre tus manos.

ANOCHECER EN LA TORRE

“Úrsula punza la boyunda yunta”.

Julio Herrera y Reissig

¿Ves? Siempre retumba antes de la huida, brusca
la tarde se derrumba. Úrsula ya no punza
la boyunda yunta y aún no duerme la penumbra
en la espesura. ¿Una tundra? La instantánea oculta:
“*Une station balnéaire sur le Rio de la Plata, 1900*”
o antes, cuando sucumban los montes en fuga
al tûmulo del mar. ¿Ves sobre la playa una medusa
gigante como la congoja? ¿Úrsula no pregunta?
¿Qué lengua muerta el alma pronuncia? Punza
la noche, la cena, la persiana abrupta.
Una mosca perturba la órbita nocturna,
está extraviada, zumba.

BALDÓN

“*D’entretenir Titus dans un autre lui-même*”.

Racine. *Bérénice*, 272.

Si era un poema de escarnio y a deshora,
¿por qué flotaba frente a mí,
sobrenatural, inútil agua viva?
¿Por qué hablaba del mar si los muertos
rondaban para siempre en playas planetarias,
mientras yo me quemo perdido en la marea?
Las sílabas ardían y me salían frases o cenizas
de mis otros yo mismo, los muertos
que me abandonaron cuando más los precisaba.
Roque el inventor se hundía en mi poema,
mar fantasma donde siempre
es antes del comienzo y para Jorge es tarde
reclamar la promesa entre los versos, a pecho abierto
clamando la sirena.
¿Y yo mismo, el otro, pulpo enredado entre las letras,
sin saber escribirlo ni tampoco qué tintas tatuaban
la gaviota embalsamada en la nuca de Jean, piloto inmóvil

de su ataúd por cuerpo, mientras Myriam
vitupera a hueso roto mordida por el viento?
¿Y de Guillermo, espléndido y suicida,
la memoria desagua para que yo la beba? ¿Y el ahogado?
¿Uno más condenado a navegar
cargando desde siempre el mar a sus espaldas?
Si las playas me brotaban por los ojos, si eran
arcos siderales volcados en el ruedo, esta
ciénaga oscura de mí mismo,
¿por qué hago versos a destiempo con mi resaca amarga?
¿Cómo mantengo el imperio provisorio
yo mismo solo en el oprobio y tarde
o temprano el último poema?

DIARIO DE CAZA

Duró toda una noche. Navegamos
más allá de las columnas, lejos los bosques
donde ríe una diosa y las estrellas
sin memoria apuntaban al lunario. Yo les robo los pétalos
a las plantas carnívoras del jardín de las delicias.
Acecho sobre la escotilla, enhebro collares vegetales
para los tripulantes de efímeras gargantas. Mis dedos ágiles
siguen la línea sinuosa en el elzevir:
Estos son los ríos de Babilonia, se suben
en busca del olvido y vuelven siempre
soberbios como un planeta. A veces me detengo
en los jardines suspendidos del imperio, y ejercito
la muerte en mis últimos torneos de cetrería.
El Centauro me afiló los dientes y las uñas, tengo
la avidez de trece lunas llenas, y del viaje sólo recuerdo
unas cartas de navegación hundidas, una cacería
de altura y el canto de los marineros.

LECCIÓN DE HISTORIA

Llegamos juntos los vivos y los muertos, venimos
por la ruta de la seda, los cien mil
hijos de todos los santos, listos
para atravesar los Pirineos. Traemos los cinco sentidos
engarzados en el collar de la paloma, o los suspende en la mano
la dama del unicornio. Jugamos a las Guerras
de religión, versátiles como argumentos
en la controversia de los ritos chinos.
¿Querían ver a Margarita de Angulema, reina de Navarra?
Aquí está. El blanco rostro, sagitario de cal envuelto con su manto negro,
sola, lejos de su máscula madre y su hija trágica, nos mira.
Durante los cincuenta y siete años de su vida
quiere entender: “Los mansos heredarán
la tierra”. Como nosotros, ella ve transfigurarse en aro lunar
el eclipse de sol, son velos inmóviles
sobre la nave del destierro, vendas blancas en el rostro
de la reina, la veladura fantasmal en el último retrato.
A veces los muertos nos abrazan, somos jóvenes
en un café de Montevideo (*L’eclisse* de Antonioni
era de 1962, el silencio de una noche de verano
en una ciudad industrial donde aún se oyen
los ruidos insistentes de la naturaleza). Estamos
entre la vida y la muerte, tejemos la belicosa tapicería de Bayeux
para cubrir de paciencia los muros del Cementerio, el mundo
es una tierra rasa golpeada por el viento. Y miramos el cielo. Todavía
guardo fotografías del eclipse, como mapas
o arcanos del Tarot. Un modo de ver
imágenes mal reveladas, o están *floues*, se nos mueven
los bordes. *Ci-gît François Ducasse*, pero Isidoro el hijo
yace en estampas radiactivas, meteoritos
con carga eléctrica de Urano, la tortuga de Esquilo
caída sobre el Uruguay. Yo soy el más joven de los muertos,
reconstruyo el mundo en mi lección de Historia y le beso la sandalia
a Empédocles, en silencio, después de la explosión.
El eclipse local de sol del 28 de octubre de 1536
duró 2 horas 24 minutos (se sabe hoy). Margarita de Angulema
lo contempló en Pau junto a sus enanas que leían hebreo.
Nostradamus tenía 33 años, y el eclipse venía desde antes, solapado
por la noche oscura (del alma, se sabía entonces): Pero eso durará

como el recuerdo, y será amargo. Vendrán los brujos montevideanos
de la aurora, los de las palabras nuevas, ruidos de la naturaleza
al occidente de San Pablo, las llaves en la mano
para girar las manecillas del reloj
y el perseverante libro de las horas
de exilio y pocas de reconciliación. Margarita
lee lo que no quiere, no creyó en la Transustanciación
ni en la intercesión de la Virgen, pero sabe que los mansos
son hombres lobos durante el eclipse.
Después quedamos fijados para siempre
como la reina en su manto negro, el que usó
para posar en los austeros salones de Nérac,
enterradas las fotos, huesos sobre las cartas celestes,
estas joyas del ancestro en la carrera.

EL VERGEL Y LA LAGUNA

Yo también fui a verme en la laguna, junto al vergel inmóvil,
el de las bayas solemnes como hostias. Era yo y era el pasado, la resaca,
mala espina el primer día de un destierro, mi vez
de besar el abandono mientras yacía la espada de Lisandro,
ganador de batallas, en la orilla. Vi las frutas del tiempo
en la naturaleza muerta, mi sazón
de viejas ordalías, las dos manos y un círculo de lunas
negras latiéndome en el pecho. Si giro a la derecha
los dedos empuñan el cuchillo, arden heridos por la espina
y se crispan como un Peloponeso.
Con la izquierda hundo las uñas en la pulpa, momia sin color
mordida por un Dios y cuatro hombres,
dos soldados, dos ladrones bellos como el crimen.
Un moscardón y un ángel vuelan sobre la laguna, yo me ahogo
en el reverso del mundo tenuemente iluminado
tras la piel del fruto.